

El carro del heno

El hombre que hay en mí

Por fin llueve. Me recuesto sin perder el ritmo del aguacero sobre el verde jardín comunitario. El frescor penetra por la ventana abierta, con sabor a césped y tierra empapada, mientras suena en la atmósfera una melodía: *The man in me* de Bob Dylan.

Cuando escucho esa canción mi mente se sumerge en un estado de paz y felicidad, se me pone cara de tonto. Nada existe más que la música, la voz del bueno de Bob, la lluvia, y la brisa que potencia esa sensación de tranquilidad extrema. No existe el mundo a mi alrededor. Nada importa.

Rebusqué en el ciberespacio en busca de algún término que pueda describir certeramente esa sensación que me suele embargar, y cuya hora favorita es la de la siesta. He topado con palabras como contemplación o meditación, que se entrelazan con múltiples conceptos religiosos y filosóficos, en su mayoría orientales. He preferido no hurgar más en la herida; «la ignorancia es siempre más lírica que la erudición». Ya lo dijo Umbral en *Las Ninfas*.

Así que aquí sigo, contemplando y meditando, mientras Bob me dice, en ese idioma bárbaro que es el inglés, que es necesario una mujer como tú para poder encontrar al hombre que hay en mí. La letra es magnífica, pero lo mejor de la canción es la repetición, como si fuera un canto mantra, de una sílaba, posiblemente de ahí venga mi estado contemplativo: "lalalalalalalala, lalalala, lalala, lalalalalalalala".

The man in me es la banda sonora de un sueño que tiene «el Nota», un tipo vago a más no poder que dispone de su propia concepción filosófica de la vida y que es el protagonista de la película *El Gran Lebowski*, de los hermanos Coen, una película tan buena como absurda.

Como no sólo de Dylan vive el hombre otros días me alimento de los fados de Camané o de Carlos do Carmo, del flamenco de Enrique Morente cantando por Leonard Cohen, de los tangos de Enrique Santos Discépolo en las voces de Gardel y de Julio Sosa, o de Plácido Domingo en *Tosca*.

Tras mi hora contemplativa. Punto y aparte. «La vida seguía siendo una mediocre paradoja municipal», *Las Ninfas* de nuevo. Vuelvo al polvo de las calles, al ruido, a los coches humeantes, al dinero, a la gente, a la burocracia, «al cieno de número y leyes, a los juegos sin arte, a sudores sin fruto». Para algunos Lorca no está enterrado.

Cristóbal Villalobos

Ciudadmanía

«La ciudad es lo único que tenemos.»

Rem Koolhaas

«Are we human or are we dancer?»

The Killers

Caminar es otra forma de pensar. La ciudad, escenario sobre el que discurren nuestras vidas, puede actuar como activador o inhibidor del proceso cognitivo. Tal vez los transeúntes nos hemos habituado a una única percepción de la realidad más inmediata y próxima, tal vez no nos hemos percatado con la urgencia suficiente, de que tenemos la capacidad para configurar nuestra escenografía cotidiana, o tal vez, hemos dejado de soñar. Debemos convertirnos en intrusos de nuestra propia ciudad y así, alejarnos de visiones parciales y lógicas burocráticas. Vicente Luis Mora publicó el pasado año la segunda entrega de *Circular, Circular 2007. Las afueras*, una novela total basada en el arquetipo de la ciudad posmoderna, una novela que es guía, manual, tratado, cuaderno y volante del advenedizo urbanita: «... Madrid está viva, Madrid crece y se desgañita contra la meseta abierta, hacia los montes, hacia el cielo, hacia el centro y el abismo; Madrid, cegada, helada, errada y encerrada por las calles que tropiezan con las calles, los pisos que se topan con los pisos, los hombres que se chocan con los hombres; Madrid: una y muchas, como un tejido de hilos de asfalto urdido por un sastre ciego». Vicente Luis Mora, como ya hizo David Foster Wallace en *Hablemos de langostas*, no sólo reinventa tratamientos narrativos, sino que ofrece nuevos planteamientos sobre la ciudad, el papel del hombre en nuestra sociedad, el manejo de la información y el uso de los temas modernos (*¿Qué es ser moderno?*). Estas fracturas en la ideología formal urbana pasan a convertirse en ventanas que asoman a otra ciudad que tiene más que ver con lo perdurable que con lo pasajero. Recreaciones en torno a ciudades que las personalizan y humanizan y alejan del anonimato.

Cristina Consuegra